



Octubre de 2011

Primera Parte: El amor, revelado en el cuerpo

Capítulo 1: El misterio del cuerpo

«Al caer, el torrente no se asombra [...] – pero, ¡el hombre se asombra!». Nuestra introducción ha mostrado que el asombro es el comienzo del viaje de la vida. ¿Cómo se despierta en nosotros? Ya sabemos que mana de nuestra propia experiencia cotidiana –la experiencia gozosa de quien se convierte en padre, la experiencia estupenda del amor, la experiencia sanante de la ofensa perdonada. Pocas veces se para el hombre a pensar en esta maravillosa riqueza de vivir. Su vida es como una planta que crece en terreno fecundo. Tan fecundo que, incluso cuando las raíces se quedan en la superficie, la vegetación brota abundante. Siempre abundan motivos de admiración, incluso en las existencias más grises.

Puede pasarle, sin embargo, que le desconcierte tanta abundancia. Corre el riesgo entonces de perderse en un laberinto lleno de señales que no sabe interpretar. Como ejemplo sirva la encuesta llevada a cabo por científicos británicos entre algunos adolescentes de Southampton, en Inglaterra. Los resultados revelaron una carencia significativa entre los chicos. Aquellos muchachos solo disponían de unas pocas palabras para expresar sus sentimientos y emociones. Les resultaba por eso difícil comunicar a los demás la manera en que reaccionaban ante la vida. Al fenómeno se le ha puesto nombre: estos chavales son «analfabetos afectivos». Es decir, resultan incapaces de leer y escribir en el libro de su mundo emocional. Ignoran lo que sucede en su interior cuando entran en contacto con el ambiente y con otras personas.

Esto quiere decir que no es suficiente tener experiencias. Hace falta además captar su verdadera profundidad y medir su grandeza. ¿Cómo se consigue esto? No basta, por supuesto, multiplicar el número o la intensidad de los estímulos. A quien no entiende la belleza de una melodía, de poco servirá subir el volumen de los altavoces. La pregunta es, más bien: ¿Se puede distinguir entre aquellas experiencias que construyen una vida, abriendo un futuro lleno de fruto, y esas otras que bloquean los pasos? ¿Se puede descifrar en la propia experiencia la brújula que oriente los pasos? Es decir, ¿somos capaces de encontrar el significado de nuestras experiencias?

La pregunta por el significado, o sentido, de la experiencia puede parecer extraña. Y es que para buscar un sentido hay que reflexionar, y las palabras «experiencia» y «reflexión» nos parecen opuestas. Y así pensamos que una cosa es la experiencia, el encuentro con la vida: viajamos, vemos mundo, conocemos personas. Y a esta experiencia oponemos la fría reflexión del pensador, abstracta y lejana.

Pues bien, hay que abandonar este esquema simplista. En efecto, recordemos que el hombre no puede tener experiencia del mundo que le rodea si, al mismo tiempo, no se experimenta a sí mismo; es decir, si no plantea la pregunta fundamental por el sentido de su propia vida: ¿quién soy yo? ¿de dónde vengo? ¿adónde voy? La vista de los elevados picos de montaña no solo despierta el asombro ante las maravillas de la creación; enseña también al

hombre su propia magnitud: es capaz de contemplar la belleza y recrearse en ella. Por eso la experiencia, cuando es verdaderamente humana, nunca puede separarse de la reflexión, de la búsqueda de un sentido.

El poeta T. S. Eliot expresa esta idea en su obra *Cuatro Cuartetos*: «Teníamos la experiencia pero habíamos perdido el sentido / Y acercarse al sentido restablece la experiencia / en modo diferente»¹. Teníamos la experiencia, pero no estaba completa, pues le faltaba una reflexión, una luz. Solo cuando se entiende su sentido se llega realmente a experimentar la vida y el mundo. Concluimos de esto que experiencia y significado no se oponen. Sucede más bien al revés: el significado pertenece a la experiencia y la hace plenamente humana. ¡Qué distinto es el caminante que da vueltas en círculo de aquel otro peregrino que, bajo el mismo sol y con el mismo peso a sus espaldas, conoce la casa de donde partió y piensa en el santuario que le acogerá al final de la ruta!

Este deseo de abrir a cada hombre el sentido profundo de su experiencia guió a Juan Pablo II en sus reflexiones sobre el amor humano. Hay mil experiencias unidas al amor, al encuentro entre las personas, a la unión de hombre y mujer. ¿Cómo hacer que esas experiencias sean verdaderas, que lleven la vida a buen puerto? ¿Cómo conseguir que la barca no naufrague entre la espuma de experiencias vacías? Para orientar al hombre en el laberinto de sus propias experiencias Juan Pablo II habló de las «experiencias originarias». Veamos a qué se refería.

Una brújula para las experiencias

El Papa invita al hombre a entrar a fondo en sus propias experiencias para encontrar su significado. Es una tarea que el mismo Cristo nos encomendó. Una vez los fariseos le preguntaron: ¿es lícito a un hombre divorciarse de su mujer por cualquier causa? (cf. Mt 19, 2). La pregunta es importante, pues late en su centro una inquietud. ¿Es posible amar para siempre a una persona? ¿Cómo son de profundas las raíces del amor? ¿Permiten de verdad construir sobre ella toda una vida, hasta que la muerte nos separe? Los fariseos, sin embargo, reducen su alcance; la cuestión les parecía asunto meramente legal. ¿Cuál es la mínima razón que basta para despedir a la propia mujer? ¿Hace falta un motivo grave o es suficiente la excusa más ligera? De ahí que Jesús denuncie su dureza de corazón, su incapacidad para llegar a la raíz de la experiencia amorosa y plantear con decisión su reto.

El Maestro responde: «En el principio no era así». Y cita luego el Génesis: «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne» (Gén 2,25). Acudiendo al principio de la historia, Jesús invita al hombre a recuperar la hondura de su experiencia del amor. El Señor no se anda por las ramas y va a la raíz del asunto: ¿Es posible amar para siempre? Y es que la vida de Jesús en la tierra consistió en abrir de nuevo el camino que permite recuperar la experiencia del principio y, de esta forma, llevarla a plenitud.

Siguiendo el consejo de Cristo, Juan Pablo II vuelve al Génesis para describir este comienzo en que la experiencia del amor se ofrecía al hombre en toda su grandeza. Allí se recogen dos relatos distintos de la creación. El primero (Gén 1, 1-2, 3) nos cuenta la aparición del mundo. Los cielos y la tierra emergen día a día como respuesta a la palabra creadora de Dios. La Biblia muestra la riqueza de la creación, llena de colores y rica en variedad. En la cumbre de todas las criaturas aparece el hombre y, con él, una gran novedad con respecto a los demás seres: es creado a imagen y semejanza de Dios (Gén 1, 26). Estas palabras –imagen y semejanza– abren ya la perspectiva de la alianza entre Dios y el hombre, que recorre todo el Antiguo Testamento.

Desde el principio el ser humano se define como aquel a quien Dios dirige su palabra; como el único que puede escuchar su llamada y articular una respuesta, en diálogo con su Hacedor. Sabemos, en efecto, que el Señor se paseaba por el jardín al caer la tarde, y conversaba con Adán.

Ahora bien, puesto que el hombre es la respuesta a la palabra creadora del Padre, el primer capítulo del Génesis tiene un final abierto. En efecto: hemos escuchado las palabras de Dios, que crea el mundo, pero nos queda por oír la respuesta del ser humano. Esto es precisamente lo nos ofrece el segundo relato de la creación, que comienza en el capítulo dos. Allí se nos abre el acceso a la misma experiencia de Adán.

Es decir, el segundo relato adopta un punto de vista diferente. Ahora es el mismo hombre quien habla. Escuchando su voz se aprende mucho acerca de su mundo interior. Se encuentra aquí el lenguaje de la subjetividad humana, de su propia experiencia de la realidad: Adán se sentirá solo, se alegrará ante la llegada de Eva, se avergonzará por su pecado. Esto interesa mucho a Juan Pablo II, que afirmó que el camino del hombre es el camino de la Iglesia. Pues para seguir este camino del hombre no basta contemplar al ser humano desde fuera. Hace falta atender a las palabras de asombro que crecen en él cuando se encuentra con la vida. Así, este segundo relato de la creación permite percibir y contemplar las experiencias originarias del hombre. Adelantemos ya que se trata de un trío: la soledad, unidad y desnudez originarias. En estas tres se ofrece al hombre la piedra de toque para descubrir si construye su amor sobre roca o si levanta un castillo en el aire.

Antes de pasar adelante y describir estas experiencias originarias nos preguntamos si es posible siquiera intentarlo. En efecto, ¿cómo recuperar algo que sucedió al principio de la historia? Más aún: ¿no estaban las experiencias primeras del hombre permeadas de una pureza e inocencia que ya no poseemos, que hemos perdido a causa del pecado? ¿Cómo pueden ayudarnos a construir la felicidad en la situación tan diferente en que nos encontramos hoy?

A esto se ha de responder, en primer lugar, que Cristo recupera para el hombre la posibilidad de vivir de nuevo tales experiencias. Es Él quien responde a los fariseos y les invita a mirar al principio. Abordaremos esta cuestión en el capítulo sexto de nuestro libro. En segundo lugar hay que añadir que estas experiencias del principio no están totalmente perdidas. Todavía se puede acceder a ellas. Veamos en qué sentido es esto posible, sirviéndonos de alguna imagen.

a) El escritor inglés J.R.R. Tolkien describe la creación del mundo, en su *Silmarillion*, como si se tratara de una obra musical compuesta por Dios mismo². Cuando el Creador dirigía la orquesta de sus ángeles, Melkor, el ángel del mal, celoso del poder divino, quiso introducir sus propias notas, discordes con la sinfonía divina. Esta imagen ayuda a concebir las experiencias originarias como si fueran una música cuya armonía primera hubiera quedado distorsionada por el pecado. Al principio Adán y Eva escuchaban los acordes queridos por el compositor. Pero el pecado ha introducido en el corazón del hombre notas que desafinan, ruidos de fondo que amenazan con ocultar la música. Si no se presta atención, se escuchará solo ruido sobre ruido; pero si se guarda silencio y se trata de afinar el oído al ritmo oculto de la melodía, se puede descubrir su belleza originaria.

Esto enseña a ver también que, cuando se habla de experiencias originarias, no se quiere decir solo que sucedieran en el pasado, al comienzo del tiempo. «Originario» significa también fundacional: se trata de experiencias que son la base de cualquier otra experiencia. Podríamos decir que tenemos en ellas el tema musical con que componer cualquier otra melodía que se quiera tocar en la vida. Los griegos tenían una palabra, *arché*, que designaba bien esta idea.

Arché significa el principio en el tiempo, la primera cosa que sucede. Pero quiere decir también el fundamento, los cimientos de un gran edificio, que quedan siempre ahí, sosteniendo cada ladrillo de la construcción. Las experiencias originarias son, por tanto, la roca sobre la que podemos construir el amor verdadero y distinguirlo de sus sucedáneos.

b) Pasemos a la segunda imagen. Era en el Vaticano y se preparaba la celebración del Gran Jubileo del año 2000, convocado por Juan Pablo II. Entre las obras para limpiar el rostro a la Ciudad Eterna había una de primera magnitud: la renovación de la fachada de San Pedro. Se hacía preciso quitar la gruesa capa de polvo acumulada por el paso de los siglos y la moderna contaminación. Los técnicos emprendieron la tarea con gran delicadeza, pues manejaban piedras de antigüedad y valor. Y así, quedaron consternados cuando, tras aplicar sus productos químicos, apareciera un mármol de color verde en las ventanas de la fachada central. ¿Habían equivocado el tratamiento, deteriorando para siempre tamaña obra de arte? No era este el caso. Consultados los antiguos mapas de la basílica, se dieron cuenta de que habían dado con el color original de la piedra. Estaba cubierto por tantas capas de contaminación que hasta los antiguos del lugar perdieron la memoria de su original belleza, olvidada de todos.

Esta pérdida del color original y de su memoria nos ayuda a entender las experiencias de que habla Juan Pablo II. Todo hombre recuerda haber vivido una frescura originaria en su encuentro con las cosas. Con el tiempo, sin embargo, se va poco a poco perdiendo la viveza y la inocencia del principio, cubriendo con sucesivas capas de rutina aquel asombro originario, propio del niño, que invitaba a sonreír ante el mundo. El filósofo Gabriel Marcel dijo con acierto que nos vamos convirtiendo en burócratas de nuestra propia existencia; como hombres que tratan solo con papeleo, alejados de los asuntos reales que mueven la vida. Y así una pareja olvida el amor que les movió a empezar el matrimonio; o unos padres marchitan la ilusión con que comenzaron a educar a sus hijos. Se termina prefiriendo la seguridad de una vida rutinaria al riesgo del encuentro cotidiano con las cosas y su aventura. Sin quererlo, se va ocultando la intensidad del drama que se desarrolla ante nuestros ojos y nos perdemos la vida.

Se pueden comparar las experiencias originarias a las experiencias del niño. Por eso, todo esfuerzo por recuperarlas puede llamarse también un esfuerzo de memoria. El hombre se ha olvidado de quién es, de lo grande que es su vida, de los dones de Dios que están al comienzo de su ruta. Y ha de luchar para reavivar aquella sorpresa primera ante el regalo de la existencia. Entiende así el sentido del mandamiento de Jesús: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (cf. Mt 18, 3). No se predica aquí, claro está, el infantilismo, sino la recuperación del contacto originario con la vida. Es una invitación a zambullirse en la riqueza del mundo, reviviendo ahora, en modo maduro, la capacidad de admiración del niño.

Ya dijimos que para Juan Pablo II esta recuperación de las experiencias originarias solo es posible en el encuentro con Cristo. El Redentor ha venido a abrir el camino de retorno. En el encuentro con Jesús podemos recuperar nuestro pasado, mirar otra vez al mundo con ojos nuevos de niño. Es que el Señor nos ayuda a recordar quiénes somos, nuestra dignidad de hijos de Dios, amados del Padre. Por eso la Iglesia, lugar del encuentro con Cristo, puede verse como el lugar de la memoria. Ella conserva viva el recuerdo de la presencia de Jesús y, de esta forma, mantiene abierto el acceso al origen. En su último libro, *Memoria e identidad*, Juan Pablo II escribió:

Lo que está aquí en juego no es solo el misterio de Cristo. En Él, es el misterio del hombre lo que se revela desde el principio. Probablemente no hay otro texto sobre el origen del hombre tan simple y a la vez tan completo como el que se contiene en los tres primeros capítulos del libro del Génesis. Aquí no solo encontramos un relato de la creación del hombre como hombre y mujer, sino que su vocación particular en el universo queda abundantemente clara. [...] La Iglesia preserva en sí misma la memoria de la historia del hombre desde el principio: la memoria de su

creación, su vocación, su elevación y su caída. En este marco esencial se escribe toda la historia humana, la historia de la Redención. La Iglesia es una madre que, como María, guarda en su corazón la historia de sus hijos, haciendo propios todos sus problemas.

Estas son, pues, las experiencias originarias que Juan Pablo II invita a buscar. A través de ellas se entiende la riqueza de cuanto uno encuentra en la existencia. Son jalones que señalan la dirección que seguir en el camino de la vida. El Papa presenta estas experiencias en forma de viaje y nos anima a acompañar a Adán en sus pesquisas tras la propia identidad. El *Triptico Romano* describe esta ruta como si se tratara de un viaje río arriba, hacia el lugar de la montaña de donde mana la fuente:

Si quieres encontrar la fuente,
Tienes que ir arriba, contra la corriente.
Empéñate, busca, no cedas,
Sabes que tiene que estar aquí –
¿Dónde estas, fuente? ¿Dónde estás, fuente?

La *Teología del cuerpo* de Juan Pablo II es una invitación a la ascensión, hasta empapar los labios en la frescura inagotable de esta Fuente.

La soledad del principio

Volvamos, pues, al relato del Génesis y tratemos de descubrir, a la luz de la revelación bíblica, el significado profundo de las experiencias humanas, su sentido. Después de haber formado a Adán del barro de la tierra e insuflado el hálito de vida, dice Dios: «no es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2, 18). A pesar de encontrarse rodeado de muchos seres vivos, el hombre siente gran soledad. Es esta experiencia la que Juan Pablo II llamó «soledad originaria». ¿En qué consiste?

Podríamos pensar que Adán está solo porque todavía no ha aparecido Eva, su mujer. Esto es cierto: el hombre no encuentra ninguna ayuda adecuada en las plantas y animales. Todos ellos no son para él una verdadera compañía. Solo cuando Eva aparezca podrá gritar: «¡Esta sí que es carne de mi carne!» (Gén 2, 23).

Pero para Juan Pablo II la soledad no se reduce al hecho de que Adán no haya encontrado todavía a Eva. Si fuera así, esta experiencia sería un defecto que quedaría subsanado cuando la mujer saliera del costado de Adán. Al contrario, la experiencia de soledad, tal y como la concibe Juan Pablo II, continúa tras la aparición de la mujer. Se trata de una experiencia fundamental de todo ser humano, varón y mujer, que le acompaña a lo largo de su vida. ¿Cómo hemos de entender la soledad, visto que no consiste solamente en la ausencia temporal del cónyuge?

El hombre experimenta la soledad originaria porque no encuentra en el mundo nada que sacie su inquietud. Las plantas y animales, aun en su riqueza de formas y colores, no consiguen colmar su deseo; por eso Adán se encuentra solo en el jardín. Decir «soledad originaria» es expresar esta singular condición del hombre. Hay en ella un aspecto negativo: la ausencia, el horizonte abierto e incompleto. Pero importa, sobre todo, su lado positivo: la vida humana está dirigida hacia el misterio de la trascendencia, hacia el mismo Creador. En esto consiste la soledad: el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios y está llamado a convertirse en compañero suyo. Entre todos los seres vivos solo al ser humano se dirige Dios de tú a tú, como un padre con su hijo, como un amigo con su amigo. «Soledad», por tanto, no quiere aquí decir «aislamiento», sino apertura hacia lo sagrado, hacia Dios.

Juan Pablo II se refiere de otra forma a esta soledad en su *Tríptico Romano*. Allí dice que para el hombre no es suficiente existir y seguir su camino; él «estaba solo en este asombro / entre seres que no se asombraban». Hemos visto ya cómo el asombro saca al hombre de sí y le invita a buscar su propia identidad, emprendiendo un viaje de horizontes amplios. Ahora podemos añadir que la soledad originaria es lo que se encuentra al inicio de este camino. San Agustín lo expresó con palabras bien conocidas: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti».

El cuerpo, testigo y expresión de la persona

¿Cómo descubre el hombre su soledad originaria, la apertura de su vida hacia Dios? Se podría pensar que el método consiste en mirar al propio interior, cerrar los ojos y enclaustrarse en la intimidad, alejándose de todo lo terreno. Solo así puede el hombre darse cuenta de que supera todo lo terreno; que él es espíritu, pensamiento, libertad. ¿No es esto precisamente lo que le distingue de los animales?

Y, sin embargo, la respuesta de Juan Pablo II es muy diferente. No descubrimos nuestra dignidad cuando nos alejamos del mundo, sino precisamente en nuestro encuentro con él por medio de nuestro cuerpo. De hecho, la primera experiencia de Adán no consiste en recluírse en su propio interior. Todo lo contrario: el primer hombre sale a descubrir el mundo que le rodea. Adán cae en la cuenta de su gran pregunta mientras cultiva el jardín y da nombre a los animales que pasan ante él. A partir de este contacto con el mundo material comienza a conocer su soledad originaria ante Dios. De aquí fluye una conclusión: la experiencia de soledad originaria se revela a través del cuerpo, por el que el hombre entra en contacto con el mundo. Para experimentar la dimensión trascendente de la vida no tiene que alejarse del cuerpo o dejarlo de lado. El cuerpo humano es, por el contrario, un testimonio de la dignidad sagrada de la vida del hombre.

El Papa se apoya aquí en la concepción misma de la Escritura. En el Génesis Dios modela al hombre con el barro que toma de la tierra, humedecido con el agua de los ríos del paraíso. Después el Señor pone al hombre en medio del jardín del Edén, donde lo rodea de un jardín frondoso. La Biblia enseña con estas imágenes que el hombre pertenece a la creación material, que vive inserto en el mundo. Sin esta relación con la tierra el hombre bíblico no puede entenderse a sí mismo. La Escritura designa esta dimensión material del hombre con el término «carne» (que en hebreo es «basar»). La «carne» no se refiere solo a una parte del hombre, sino a su entera existencia. Decir que el hombre es carne es afirmar que está en relación con la naturaleza y con los otros seres humanos. El hombre es un ser corpóreo y por su cuerpo queda integrado en la creación entera.

Yo soy mi cuerpo

El cuerpo propio, siendo similar al resto de los objetos que nos rodean, guarda al mismo tiempo una gran diferencia con ellos. Por supuesto, hay quienes han tratado de reducir la vida del hombre al desarrollo de meros procesos naturales. En su obra *Esplendor de paternidad* Karol Wojtyła pone estas palabras en boca de Adán, cifra de todo ser humano: «A lo largo de todos estos años me he sumergido [en busca de mi propia identidad] a costa de incesantes esfuerzos, pensando, en más de una ocasión, lleno de angustia, que la tendría que perder, que se desvanecerá en medio de los procesos de la historia en los que decide el número o la masa». Pero el hombre es mucho más que números y masa. Como Wojtyła añade en uno de sus poemas: «los números se retiran ante el hombre».

Es verdad que alguno podría pensar que su cuerpo se parece mucho a los demás objetos materiales. Puedo decir, por ejemplo, «mi cuerpo», más o menos de la misma manera que digo «mi coche» o «mi perro». Y también puedo usar mi cuerpo como si se tratara de una herramienta: giro un tornillo con ayuda del destornillador, pero también, si ya está algo suelto, con mi mano. Ahora bien, esto no debe hacer olvidar una gran diferencia. Pueden arrebatarnos nuestras posesiones y herramientas, pero no podemos ser desposeídos de nuestros cuerpos. Y es que el cuerpo no es un objeto ni un utensilio más. Ocurre, al contrario, que gracias al cuerpo se pueden poseer cosas; que gracias al cuerpo se pueden usar herramientas y, con ellas, transformar el mundo. El hombre es capaz de usar el martillo porque tiene manos, y el microscopio porque tiene ojos.

Todo esto quiere decir: no basta afirmar que mi cuerpo me pertenece o que hago uso de mi cuerpo. Tengo que añadir: *Yo soy mi cuerpo*. Esto no significa que soy mera materia o que puedo ser reducido a procesos físicos. Se trata, más bien, de que mi cuerpo es personal, de que forma parte de la definición más profunda de mí mismo. Solo si el hombre tiene en cuenta su cuerpo puede responder a la pregunta por su propia identidad.

La sociedad contemporánea corre el peligro de olvidar la importancia del cuerpo. Es verdad que hoy se habla mucho del cuerpo, de la necesidad de cuidarlo, de tenerlo en forma. En cierto sentido parece que el cuerpo se idolatra. Pero a la vez se ha convertido el cuerpo en un objeto del que se quiere solo extraer placer. Se oye decir: «yo, con mi cuerpo, hago lo que quiero». Al hacer así se está reduciendo el cuerpo a una posesión, a un instrumento. Se ha silenciado su lenguaje, un lenguaje que, como veremos, orienta al hombre en su camino. Y es que el cuerpo habla, dice cosas fundamentales para la existencia.

Se estudia hoy en día el lenguaje corporal: el hombre expresa muchas cosas sin palabras, con su postura y gestos. Cruzar los brazos es señal de que uno se quiere distanciar de su interlocutor; y mirar mucho al reloj delata impaciencia. Del mismo modo se puede decir que el cuerpo tiene un lenguaje que revela al hombre el sentido de su vida. Si no tiene en cuenta su cuerpo no puede entender su camino por el mundo. Todo intento por recuperar la experiencia originaria, por encontrar el mapa hacia la felicidad, pasa por entrenar el oído para que reconozca este lenguaje del cuerpo.

¿Qué es lo que el cuerpo dice cuando uno está atento a su lenguaje? Para responder nos fijaremos de nuevo en la gran diferencia entre nuestro cuerpo y los demás cuerpos que nos rodean. Tengo ante mí varios objetos: una computadora, un teléfono, un cuadro que cuelga de la pared. ¿En qué se distinguen de mi cuerpo? Ocurre que, a diferencia de los objetos inanimados, el cuerpo humano es capaz de sentir el mundo. El cuadro cuelga de la pared, pero no siente que la pared está ahí; yo me apoyo en la silla y, al hacerlo, siento la silla. Los demás objetos tienen dentro y fuera, podemos romperlos y descubrir lo que hay dentro. Pero solo el cuerpo vivo tiene *interioridad*, puede sentir íntimamente el mundo. El cuerpo es, por eso, como un puente que hace al hombre presente a lo que le rodea y, de modo especial, a los demás hombres.

Se llega así a la primera palabra que nos dice el lenguaje del cuerpo, si uno está atento a él. El cuerpo es, por un lado, la forma en que participo en el mundo: gracias a mi cuerpo estoy presente entre las cosas y las personas. Pero, por otro lado, el cuerpo es también parte de mi propia identidad, de la respuesta a la pregunta: ¿quién soy yo? De aquí se sigue algo muy importante: gracias a mi cuerpo nunca puedo definirme a mí mismo como individuo aislado del mundo. El cuerpo nos vacuna contra el egocentrismo que nos separa de la realidad y de los demás hombres. En efecto, el lenguaje del cuerpo me enseña que estoy abierto desde siempre hacia el mundo, en relación con él. Me dice que siempre estoy expuesto a los otros, y que esta

relación pertenece al centro más íntimo de mi persona. Gracias al cuerpo, por tanto, el hombre está inmerso en la realidad; gracias al cuerpo puede experimentar asombro ante la presencia de un universo tan rico y que de tal manera sobrepasa sus expectativas. Quien dice «yo soy mi cuerpo» nunca puede vivir como una isla, apartado de los demás y sus preocupaciones.

Cuerpo y hogar

Dado que el cuerpo es mucho más que una posesión o un instrumento, hace falta una imagen mejor para describirlo. Puede servir comparar el cuerpo con una casa que habitamos. Pero no se trata aquí de la casa como del edificio de ladrillos o madera. Se piensa más bien en la casa como el hogar, como el sitio donde cada uno es él mismo. En el hogar se está a gusto porque la persona se sabe aceptada, acogida. Y por eso el hogar la hace capaz también de recibir a otros, de hospedar a los amigos. Y así, la persona que tiene un hogar lo lleva consigo adonde quiera que vaya, porque ese hogar forma parte de su propio ser. ¿No hay muchos hombres que van creando hogar allí donde pasan, personas acogedoras que parece que ofrecen siempre, con su sola presencia, un sitio para sentirse a gusto?

Pues bien, hemos de acostumbrarnos a entender el cuerpo como el primer hogar. Del mismo modo que en su casa cada uno se siente acogido, así en su cuerpo el hombre experimenta cómo el mundo lo recibe y acoge. Por su cuerpo cada niño ha sido recibido en el vientre materno, y abrazado luego por sus padres y hermanos. Y así como en la propia casa podemos recibir a nuestros amigos, así en el cuerpo acogemos dentro de nosotros al mundo que nos rodea y dejamos que nos influya, nos enriquezca y transforme. Tener un cuerpo es estar presente a los hombres y abierto a ellos, capaz de sentirse acogido y de acoger a otros en la propia intimidad. Por eso, solo quien entiende el lenguaje de su cuerpo puede entender que el mundo es un verdadero hogar.

Alguien ha dicho que el hombre moderno es un hombre sin hogar, aunque acaso viva en apartamentos de lujo. Perdido en el anonimato de la gran urbe, se encuentra siempre fuera de sí mismo. Esto coincide con su dificultad para entender el sentido de su cuerpo, que es mirado como un mero objeto del que podemos extraer placer y que podemos transformar a nuestro capricho. Y es que solo el que acepta su cuerpo como parte de sí mismo, como un don que hay que cuidar con respeto y gratitud, puede sentirse a gusto en el mundo. El que trata su cuerpo como un instrumento acabará haciendo de todas las cosas un medio para obtener placer y satisfacción.

De pasada podemos decir que esta falta de hogar se encuentra a la raíz de la crisis ecológica que sufre nuestro mundo. De hecho, la palabra «ecología» viene de otra griega que significa «casa». He aquí el problema: el hombre ha dejado de mirar al mundo como a un hogar y lo ha querido transformar en la cantera de una gran fábrica de producción. Por eso, para hacer frente al desafío de una naturaleza degradada no son suficientes nuevas tecnologías. Es precisa a la vez una verdadera conversión que permita escuchar de nuevo el lenguaje del cuerpo, primer hogar del hombre. Solo quien se siente a gusto y presente al mundo en su cuerpo es capaz de entender que toda la naturaleza es su morada y aprende a respetarla como tal.

En suma, el cuerpo nos revela, si sabemos escucharlo, que estamos en el mundo como en un hogar. Esto implica también que nuestra vida está abierta a los otros hombres. No somos autosuficientes: pertenecemos a otros y nos abrimos a ellos para acogerles en nuestra intimidad. Quien acepta su cuerpo como parte de sí mismo ya no puede sentirse aislado. Gracias al cuerpo, desde el mismo comienzo de su vida el hombre se encuentra en medio del mundo que descubre con sorpresa y al que está llamado a responder. A continuación se verá cómo el cuerpo,

misteriosamente, ayuda al hombre a abrirse a Dios y a escuchar su palabra —el cuerpo, que parece precisamente lo más terrenal, lo más alejado de lo divino.

Dios habla al hombre en su cuerpo

Hasta ahora hemos dicho que el cuerpo permite al hombre romper su aislamiento de su ambiente y de las demás personas. A quien aprende el lenguaje del cuerpo se le invita a abrir los ojos y a dejarse sorprender por el mundo; se le anima a abrir las manos y a participar en él. A esto hay que añadir otro elemento. Ya sabemos que, según el capítulo segundo del Génesis, el hombre supera en mucho a los animales. Nada de lo que Adán encuentra en el jardín es capaz de satisfacer totalmente su inquietud, de completar su búsqueda por el sentido de la vida. Esta experiencia fundamental —cuanto rodea al hombre nunca acaban de saciar su sed— es lo que hemos llamado antes «soledad originaria». A diferencia de lo que ocurre con los animales, el camino humano se abre hacia la trascendencia, hacia el mismo Creador, único lugar en donde el corazón del hombre encuentra pleno descanso. Si esto es verdad, entonces el cuerpo, que es el puente que une al hombre con el mundo, tiene que hablar también el lenguaje de lo divino. Tiene que decir que el encuentro de Adán con las cosas no se acaba en ellas, sino que le invita a mirar más allá, hacia el mismo Creador.

Pongamos algún ejemplo concreto de cómo el cuerpo señala hacia Dios. Gracias a su cuerpo, sabe el hombre que ha nacido, que sus padres le trajeron a la existencia. Este cuerpo, que contempla cada mañana ante el espejo, fue formado lentamente en el vientre de su madre y vio la luz después de nueve meses de paciente gestación. Ahora bien, ninguna mujer posee el misterio del ser de su hijo: esa formación prodigiosa reenvía, por tanto, a un inicio trascendente, al Creador de todo. Según la Escritura, igual que el alfarero modela el barro, así Dios forma el cuerpo del hombre en el vientre materno (cf. Jr 1, 5). El cuerpo da testimonio de que nadie se ha dado origen a sí mismo. Si lo escuchamos con atención, su lenguaje revela que Dios es el principio de la vida humana: «Tú has formado mi ser más profundo; me has tejido en el vientre de mi madre» (cf. Sal 139, 13).

Está, por otro lado, la experiencia de que somos mortales. Aquí se confirma, en el otro extremo del espectro vital, idéntica verdad. La experiencia de la muerte es otra forma de expresar la diferencia clave entre el hombre y los animales, y su diversa forma de participar en el mundo. Solo para el hombre la muerte es un problema, una cuestión que se plantea y que no puede acallar: por eso, cuando se encuentran monumentos funerarios en una excavación arqueológica, se sabe que allí ha estado el hombre. Ahora bien, es precisamente el cuerpo, en su debilidad y pobreza, el que atestigua la incapacidad del hombre para derrotar a la muerte y obtener, por sí mismos, la vida sin fin que desearía. El cuerpo lo dice a través de las enfermedades, del cansancio, de la fragilidad propia de la carne. La conciencia de que hemos de morir, una conciencia que el cuerpo continuamente reaviva en el hombre, pone de manifiesto su soledad originaria, el hecho de que su último destino está en manos de Dios.

Podemos decir, pues, a partir de estos ejemplos del nacimiento y la muerte, que así como el cuerpo nos abre a la realidad, así nos revela también nuestra conexión con el misterio absoluto, con Dios mismo. Y entonces descubrimos que en el lenguaje del cuerpo hay un sentido trascendente, que apunta más allá de sí mismo. Ocurre que cuando digo «soy mi cuerpo» estoy diciendo a la vez: mi propio ser consiste en algo que está más allá de mí, consiste en una referencia al misterio que contiene todas las cosas, consiste en una relación con Dios. Gracias al cuerpo entendemos que hemos recibido la existencia de otro, y que solo otro puede sostener

nuestros pasos. Gracias al cuerpo sabemos que nuestra vida es un viaje, cuyo primer origen y último destino están en el Padre, el Creador del Universo.

El cuerpo, hemos dicho, es como un hogar en que acogemos la realidad que nos rodea. Ahora, al reflexionar sobre cómo nuestra vida se abre a Dios, podemos añadir que ese hogar nunca se llena totalmente, que se hace continuamente más grande para poder recibir cada vez más y más. La casa del cuerpo tiende sus horizontes hacia la transcendencia, hacia Dios mismo. Por eso esta casa es en realidad un templo, como dice San Pablo a los Corintios: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros?» (cf. 1 Cor 6, 19).

El cuerpo nos permite así entender mejor la búsqueda que Adán ha emprendido para encontrar el sentido de su ruta. «Conócete a ti mismo», decía el oráculo griego. Este conocimiento pasa a través de nuestro cuerpo. Quien acepta su propio cuerpo se da cuenta de que el secreto de su vida no está en sus propias manos: tiene que recibirlo cada día de su encuentro con el mundo y los otros. Se da cuenta, sobre todo, de que su vida se abre a un misterio que le supera, el misterio del Creador. Puedo decir «yo», puedo tener un nombre, solo cuando Dios me dirige la palabra y le respondo. El hombre llega a descubrirse a sí mismo solo cuando está en diálogo con Dios, cuando Dios se dirige a Él y habla con Él, así como conversó con Adán a la hora de la brisa en el jardín del Edén. Al aceptar nuestro cuerpo con gratitud como el primer don del Creador, estamos pronunciando ya las primeras sílabas de una respuesta.

Dios confía al hombre su cuerpo como una tarea

Sigamos escuchando el lenguaje del cuerpo. Veremos que nos permite entender también la libertad humana, otro de los elementos que distinguen al hombre de los animales. ¿Tiene algo que ver la libertad con el cuerpo? Hay quien dice que el hombre, para ser libre, ha de deshacerse de las limitaciones de espacio y tiempo en que el cuerpo le encierra. Con las manipulaciones genéticas y las nuevas cirugías podrá por fin modelar el cuerpo a su gusto y gozar de libertad sin límites.

Pero quien afina sus oídos para que atiendan al lenguaje del cuerpo, se da cuenta del error de esta perspectiva. De hecho, solo en el cuerpo es posible la verdadera libertad. Algún ejemplo nos ayudará a entenderlo. Pensemos en un compositor que, con su arte, expresa su mundo interior a los demás hombres y les comunica la belleza. Imaginemos que decimos a este músico: «estás esclavizado por las leyes físicas del sonido; el aire que transmite las notas musicales es un obstáculo para tu música»; y le animamos a buscar otros medios de transmisión más rápidos, que ofrezcan menor resistencia al sonido. Este músico nos responderá: «eso que vosotros llamáis obstáculos no lo son para mí. Al contrario, precisamente la resistencia del aire, la forma concreta en que sus instrumentos vibran, el hecho de que tenga que esforzarme en mover las cuerdas de la guitarra o las teclas y pedales de mi órgano... todo eso es precisamente lo que me permite expresar mi música y así, estar en comunión creativa con el mundo». Esto que hemos dicho del músico podría aplicarse a todo artista, como el escultor que trabaja el mármol o el pintor que mezcla los colores. El escultor nunca hablaría de la piedra como una limitación, una prisión que le roba la libertad; el pintor jamás diría que su paleta le impide expresar su arte.

Parecida a la libertad del artista, la libertad humana es nuestra capacidad de comunicar creativamente. Ahora bien, precisamente es nuestro cuerpo, como hemos visto, el que nos permite participar en la realidad y comunicarnos con los otros hombres. Si la libertad humana no estuviera encarnada, sin duda que alcanzaríamos a jugar con mil hipotéticas posibilidades. Pero seríamos incapaces de crear nada bello o de compartir nuestra expresión de la belleza con nuestros hermanos.

Téngase ahora en cuenta lo que se dijo antes: que el cuerpo, al abrirse al mundo, se abre también al infinito, a Dios mismo. Es el Creador, en efecto, el que formó a cada hombre en el vientre materno; el único que puede sostenerle más allá de la muerte. Por eso se puede decir: hay una llamada de Dios escrita en el cuerpo, y la libertad del hombre es siempre una respuesta a su voz. Así como el artista recibe de lo alto la inspiración y luego la plasma en las notas de la escala, así el cuerpo ayuda al hombre a recibir su vida como don de Dios y a responder con gratitud a su invitación al amor. Y así el cuerpo enseña: ser libre no es vivir sin limitaciones, hacer lo que venga en gana. Ser libre es ser capaz de recibir nuestra vida como un don del Padre y responderle con gratitud y amor. Así, el camino de nuestra libertad se convierte en un viaje hacia la trascendencia, hacia Dios. *Fecisti nos ad te*, dice San Agustín en sus Confesiones: nos hiciste *hacia* Ti. Siguiendo la senda de libertad abierta en el cuerpo, el hombre se acerca a Dios y crece en amistad con Él.

Por eso Benedicto XVI puede hablar del cuerpo como «región de la libertad». Es decir, para ser libres no tenemos que escapar del cuerpo, como si este fuera una prisión. Al revés: hemos de acogerlo, aceptarlo como un regalo que nos permite comunicarnos creativamente con los demás hombres, según el lenguaje del amor. En palabras de Juan Pablo II, «el Creador ha asignado al hombre como tarea el cuerpo». Dicen que no somos responsables de nuestro rostro a los quince años, pero sí cuando llegamos a los cincuenta. Y es que nuestra cara recoge entonces las decisiones que hemos ido tomando, hacia la tristeza o la alegría, la esperanza o la desesperación, igual que el tronco de un árbol tiene grabado en cada anillo los años de sequía o lluvia. Nuestro cuerpo se nos ha dado para que lo modelemos, como se le da la piedra al escultor o el sonido al músico. Siguiendo la invitación escrita en él, podemos hacer del cuerpo una expresión de nuestro amor a Dios y a los demás hombres.

Una forma importante en que el hombre experimenta la libertad en su cuerpo es a través del trabajo: la primera tarea que Dios asigna al hombre en el jardín del Edén es el cuidado de la tierra. Gracias al cuerpo puede trabajar y entender su esfuerzo como una bendición. Como el cuerpo es su primer hogar, así trabajar es convertir el mundo que le rodea en un gran hogar, haciéndolo habitable. Además quien trabaja se transforma a sí mismo. Juan Pablo II, que experimentó la dureza del trabajo manual en una fábrica de Polonia, da gran importancia a lo que llama el lado subjetivo del trabajo. Con esto se refiere al impacto que el trabajo tiene en el trabajador mismo, en el desarrollo de su propio carácter e identidad. Es decir, la cualidad del trabajo nunca puede medirse solo por el número o valor de los objetos producidos. Precisamente porque el hombre trabaja con su cuerpo, el trabajo nunca puede ser totalmente externo a él, ni medirse por precios de mercado. Al transformar el mundo él mismo resulta transformado, se enriquece o empobrece según la calidad de su acción.

Hemos de recordar de nuevo que la vida del hombre es un viaje hacia Dios, y que su contacto con el mundo está abierto hacia el misterio del Padre. Entonces podremos decir que todo trabajo humano –la actividad corporal en que el hombre da forma al mundo y se da forma a sí mismo– es una liturgia, un servicio divino. Pues trabajar es dar al mundo la forma de nuestra relación con Dios, es incorporar todo lo que hacemos en la alabanza hacia el Creador.

Cuanto hemos dicho sobre la dignidad del cuerpo lo resume San Pablo cuando escribe: «Glorificad a Dios con vuestro cuerpo» (1 Cor 6, 20). El cuerpo se ha dado al hombre para que dé en él gloria a Dios. Para ello, aprendamos a recibirlo cada día como un don suyo y como la oportunidad de responder con él a todos sus regalos. En el cuerpo nos damos cuenta de que nuestra vida viene del amor y está hecha para el amor. El místico oriental Simeón el Nuevo Teólogo (949-1022), hace patente este asombro ante su propio cuerpo:

Veo la belleza de tu gracia, contemplo su fulgor y reflejo su luz; me arrebató su esplendor indescriptible; soy empujado fuera de mí mientras pienso en mí mismo; veo cómo era y qué soy ahora. ¡Oh prodigio! Estoy atento, lleno de respeto hacia mí mismo, de reverencia y de temor, como si fuera ante ti; no sé qué hacer porque la timidez me domina; no sé dónde sentarme, a dónde acercarme, dónde reclinar estos miembros que son tuyos; en qué obras ocupar estas sorprendentes maravillas divinas.

En este capítulo nos hemos preguntado por el camino del hombre. Hay en nuestra vida mil experiencias que nos cautivan y atraen: ¿cómo encontrar el mapa que pueda orientarnos entre ellas? Juan Pablo II responde hablando de las experiencias originarias. La primera es la soledad, vivida por Adán en el Paraíso. Esta soledad nos acompaña siempre: es la experiencia de que venimos de Dios y estamos hechos para Él. A esto hemos añadido: para vivir la soledad originaria no debemos alejarnos del cuerpo. Todo lo contrario, el cuerpo nos dice que nuestro origen y destino está en otras manos, las del Creador, y que nuestra vida consiste en un viaje hacia Él. El próximo capítulo explorará cómo el cuerpo revela el amor en el encuentro entre el hombre y la mujer. Solo cuando se encuentra cara a cara con Eva, llegará a comprender Adán la alegría de su existencia. Sólo entonces entenderá en plenitud por qué su cuerpo abre para Él un camino hacia Dios.

Preguntas para el diálogo:

1. ¿En qué consiste la “soledad originaria” de la que nos habla el beato Juan Pablo II? ¿Cómo la intuimos en nuestra vida? ¿Qué horizonte nos descubre?
2. “Yo soy mi cuerpo”. ¿Cómo me ayuda la vida en familia a entender el misterio que se revela y se esconde en mi cuerpo, a comprender su lenguaje propio? ¿Cómo aprendemos a decir “mío”?
3. “Glorificad a Dios con vuestro cuerpo”. Recibimos el cuerpo como una tarea. Nuestro crecimiento en estatura y sobre todo en edad será inexorable. Pero el cuerpo está también llamado a crecer en su lenguaje, como manifestación de nuestra persona y camino hacia Dios. ¿Qué prácticas cotidianas nos ayudan a favorecer este crecimiento? ¿Cómo nos ayuda la consagración a la Virgen como entrega del propio cuerpo?